

Marcelino Oreja ha sido muerto

Marcelino Oreja. *Ha sido muerto en Mondragón.* Con este laconismo impecable se redactó su esquel. Ha sido muerto. Un pretérito perfecto, ¡y tan perfecto!, y el verbo más esquemático: morir. Aquí los adverbios, esos adverbios espectaculares —vilmente, cobardemente, traidoramente—, tan uniformados con su penacho final, no podían modificar la acción del verbo. Ellos, sus familiares, saben perfectamente que ha sido Dios el que la modificó en el mismo instante en que pudo decirse lo que se dijo con las mínimas y más humildes palabras: Ha sido muerto.

Y detrás de ellas estaban los horrores que todos conocemos por la Prensa: las turbas que le hicieron sufrir horas interminables antes de la muerte; la misma muerte, que se relata en doble versión de fría crueldad, goyesca estampa de unos hombres en quienes sus jefes, lejanos, cegaron previamente los más honrados veneros de humanidad, mientras ellos...

Pero dejemos esto, ya que el ejemplo nos viene de los que más le han querido en el mundo, y repitamos esa frase en que Jerusalén y Esparta sonríen de lejos: ha sido muerto.

La biografía de Oreja puede resumirse en pocas líneas. Su meditación podía dar lugar a varias columnas de prosa en larga teoría de ejemplaridades. Ingeniero de Caminos y abogado. Estudios serios y profundos, desde niño, con la vista puesta en el ejercicio de un futuro apostolado. Un querido compañero nos refería hace tiempo su extrañeza de que Oreja, estando en nuestra Escuela, le hablara de su preocupación por la herejía maniquea. Y sonreíamos entonces de su asombro, y quizá él comprenda hoy nuestra sonrisa, tan enlazada con estas grafías del hecho biológico en Marcelino Oreja. Tras los estudios y fervores asociacionistas en obras socialcristianas, Oreja entra en la vida y completa su educación de jefe. La Empresa de *El Debate* le pensiona para realizar estudios en Norteamérica. En Nueva York y en Boston contempla al vivo los grandes diarios y los problemas de circulación y publicidad periodísticas. A su regreso desempeña en la misma Empresa el cargo de gerente.

De Madrid pasó a Bilbao, poniéndose al frente de diversas entidades industriales. Perteneció a La Vi-

driera Española y luego fué consejero-delegado de la Unión Cerrajera de Mondragón, por la que dió su vida y en la que tuvo como principal preocupación, en parte puesta ya en práctica, la relación de los obreros con las funciones de la Empresa mediante una institución adecuada.

A sus anteriores actividades unió, desde el advenimiento de la República, la política. Fué diputado por Vizcaya, en las Cortes Constituyentes y en las actuales. En las Constituyentes atacó las leyes que creyó sectarias, intervino en asuntos económicos y ferroviarios, y actuó en la discusión del presupuesto de Obras públicas, que combatió, técnica y denodadamente, frente al entonces ministro, Indalecio Prieto.

Precisamente en el campo político, conteniendo con el ministro que acabamos de citar y en interpelación que nuestra REVISTA publicó íntegramente¹, dió muestra Oreja de su acendrado compañerismo deteniendo al recién suprimido Consejo de Obras públicas y preocupándose de la situación de los ingenieros injustamente perseguidos. En su discurso Oreja, que fué constantemente un caballero eruplido, unió la rectitud vasca con la castellana cortesanía de los viejos tiempos, reconocida por el mismo ministro, pudiendo advertirse que Marcelino Oreja tenía ese máximo de claridad necesario para amar

a sus enemigos, cumbre espiritual a la que muy pocos llegan y que fué su más excelsa característica.

Fuertemente arraigado en la tradición buscó anhelosamente todos los progresos para injertarlos en lo puro español, a fin de lograr una fecunda continuidad, pues la historia no era para él una serie de ejemplos aplicables, como si fueran empíricas recetas, al hecho actual, más o menos parejo a otro pretérito, sino cadena cuyos eslabones estamos forjando día a día, en labor de primoroso artífice que necesita nutrir su espíritu con la contemplación acariciadora de lo hecho por sus antecesores. De esta manera Oreja, partiendo de lo antiguo, estaba siempre en marcha, a través de lo nuevo, para encontrar lo eterno.

Marcelino Oreja, nuestro compañero, era un hombre completo: todo un hombre. Y por eso no salva-

D. Marcelino Oreja Elósegui, muerto por los revolucionarios de Mondragón el día 5 de octubre de 1934



¹ Véase R. de O. P. de 15 de marzo de 1933.

